



LA FUENTE DE PIEDRA

LEYENDA AMBIENTADA EN TOLEDO



7 DE DICIEMBRE DE 2016

LENGUA Y LITERATURA 4º ESO

IRENE BARBERO TURRILLO

PRÓLOGO

En el siglo XIX, hacia 1852 en España, más concretamente en Toledo capital, nacían un niño y una niña, ambos destinados a estar juntos.

El niño, llamado Federico, era hijo de una de las familias más importantes de entonces, los Álvarez de Toledo. La madre esperaba muy convencida la llegada de una niña; por eso cuando vio que aquello que había salido de su vientre era un varón, lo rechazó y le dijo a su marido que no quería volver a ver a esa criatura en su vida.

El marido buscó una familia de adopción y la encontró. Eran bastante humildes y deseaban con todas sus ansias tener un hijo ante su imposibilidad de tenerlo. La madre adoptiva de Federico, al cogerle por primera vez, pudo observar como al niño le brillaban las manos. Era algo muy extraño, uno de esos fenómenos que solo pasan una vez en la vida.

Por otro lado, la niña, una mujer muy hermosa, llamada Segismunda, había nacido exactamente al mismo tiempo que Federico; pero en una situación totalmente contraria. Su familia era extremadamente pobre y no tenían dinero para sostener a un miembro más; en consecuencia de esto, la dieron en adopción a la familia aristócrata de los Álvarez de Toledo, que con tantas ansias esperaban una niña. Al coger en brazos a la niña, su madre de adopción pudo observar un hecho que solo ocurre una vez en la vida, que a la niña le brillasen los pies.

La fuente de piedra

I

En 1878 ambos tenían 26 años. A la mujer de tez blanca, sus ojos color esmeralda, sus labios voluminosos teñidos de color rubí, su cabello negro color azabache y sus curvas muy pronunciadas la hacían ser una mujer de muy buen merecer en aquella época.

Segismunda, habiendo perdido a sus padres adoptivos en un infortunado accidente en el que su casa salió en llamas, se hallaba en una época de decadencia, en la que su sastrería no funcionaba tan bien económicamente como unos años atrás. Por ello tuvo que cambiar de vivienda, ya que el dinero no le alcanzaba para pagar el alquiler. Encontró

una pequeña torre que nadie conocía como vivienda: la torre izquierda de la Puerta de Bisagra. Allí se instaló lo más rápido que pudo y a los pocos días de vivir allí, se percató de que tenía un vecino por el olor a pintura al óleo que desprendía el ventanal de la torre contigua a la suya.

II

Su vecino era un pintor no muy conocido en la ciudad de Toledo, su nombre era Federico. Un hombre de tez bastante oscura comparada con los demás hombres de la época, su pelo era color oro y sus ojos color zafiro; su complexión era característica de un deportista: por sus fuertes espaldas, sus brazos y piernas fornidos. La ropa que llevaba asiduamente no era precisamente de la aristocracia, sino, más bien de la clase baja de la sociedad; es decir, ropa de colores no muy llamativos y telas de no muy buena calidad.

Segismunda se percató de que solo iba al estudio por la noche; llegaba allí al anochecer, permanecía toda la noche en vela y salía de su pequeña guarida al amanecer. Para Segismunda se volvió una rutina casi obsesiva observar todas las noches cómo pintaba sus lienzos; detallados, pero a la vez simples, ésta se fijaba en sus rasgos, en que era muy detallista y ahorrador por su economía en la pintura de sus cuadros y aunque ella sabía que él conocía la existencia de su mirada cada noche, lo seguía haciendo; no podía evitarlo, era su obsesión.

III

Una noche iluminada por la luz de la luna, Federico se paró a mirar detalladamente a Segismunda, pero no quiso darle un toque de atención ya que se quedó atónito ante esa hermosura de mujer.

Al día siguiente se puso a investigar acerca de su misteriosa vecina y escuchó por ahí que era hija de la familia de los Álvarez de Toledo; pero se preguntaba: "¿Cómo alguien proveniente de una familia tan sumamente rica puede estar viviendo en un lugar tan humilde como este?" Y por más que buscaba la respuesta no la encontraba.

IV

Una noche muy oscura, en la que la luna no brillaba, por las calles sinuosas y lúgubres, Federico se dirigía al estudio. Tras haber estado algunos días sin aparecer por allí, iba muy decidido a hablar con Segismunda. Entró al estudio e hizo lo que cada noche hacía: se preparó su paleta de colores poco saturados y abrió su ventanal, pero no para no intoxicarse con el óleo, esta vez era por otra razón: poder observarla.

En cuanto Segismunda notó movimiento en la torre contigua a la suya se levantó rápidamente de la cama, se puso su bata y fue a la ventana.

Y allí estaba su amor callado, ese amor que había mantenido en silencio. Pero esta vez era diferente, porque él también estaba allí y no absorto en su pintura, sino perdido en los ojos de color esmeralda de ella, que se podían observar gracias a la luz que desprendían las velas de ambas habitaciones de las torres. Él intentó decirle algo pero con el nerviosismo del momento no le salían aquellas bellas palabras que había estado toda la tarde ensayando. Y ella al notar esto se adelantó y le dijo: "Es un honor contar con vuestra presencia esta lúgubre noche". Él, perplejo ante la formalidad de sus palabras, le correspondió: "El honor es todo mío". Estuvieron toda la noche hablando, sin cesar y la última frase que recitó él fue: "Nos vemos mañana al salir el sol en la fuente del patio interior".

En el patio interior había una fuente que nadie mantenía, pero sus aguas siempre se encontraban cristalinas, sin ninguna impureza y con algún que otro pececillo.

V

El sol asomaba por la fachada principal de la Puerta de Bisagra y ya todo no era tan lúgubre como la noche anterior. Segismunda estaba con sus mejores vestimentas: un vestido de doble tela, de color amarillo claro y decorado con un estampado de flores muy primaveral, con una capa larga color marrón para resguardarse del frío del rocío y su cabello lo llevaba muy tupido en tirabuzones, sentada en un banco que había enfrente de la fuente, esperando a su amado Federico que enseguida llegó. Se quedó perplejo al observar tal belleza ante sus ojos, era la belleza idealizada en persona. Al igual que ella, él iba con sus mejores galas, dentro de su clase social.

Ambos comenzaron a dialogar sobre su vida, aficiones y demás; hasta que él la invitó a sentarse en el alféizar de la fuente y observaron los numerosos pececillos que había en ella. Ambos en ese momento empezaron a convertirse en piedra. Al notarse esto,

confesaron su mutuo amor a primera vista y se aproximaron en un abrazo cálido y lleno de amor. En el momento que se separaron y dijeron "Te amo", ambos terminaron de convertirse en piedra por completo.

VI

Tanto Federico como Segismunda murieron habiendo confesado su amor incondicional el uno hacia el otro. Nadie sabe si hubieran estado toda la vida juntos o no pero lo que sí sabemos es que en ese momento ambos se amaban y ese sentimiento era verdadero. Ellos también murieron sin saber la verdad de dónde venían y cuáles eran sus verdaderos antepasados. Por ello los ciudadanos de Toledo quisieron honrarles en la memoria con dos pequeños grabados en los torreones de la fachada principal de la Puerta de Bisagra que, en realidad, son ellos dos, hechos piedra, incrustados en los torreones. La fuente que convertía a la gente en piedra quedó tapiada, para que a nadie nunca más le volviera a pasar lo mismo.